



DESVENTAJAS DE LA SOBREEXPOSICIÓN MEDIÁTICA PONTIFICIA EL CASO DEL PAPA FRANCISCO Y GUSTAVO GUTIÉRREZ

*Por Jorge E. Velarde Rosso
Para Instituto Acton Argentina*

Juan Pablo II inauguró una nueva manera de ‘suceder’ a Pedro muy adaptada para el mundo contemporáneo, al crear la mayoría de las ‘tradiciones’ pontificias contemporáneas; a saber, viajes alrededor del mundo, las multitudinarias Jornadas Mundiales de la Juventud, de las Familias, besar niños, tocar enfermos, etc. Todas ellas implican una presencia mediática fuerte de la figura pontificia principalmente a través de la imagen; o lo que es lo mismo una sobreexposición mediática pontificia. Como todo, esta estrategia de comunicación tiene sus ventajas y sus desventajas. Antes de desarrollar la idea central de estas líneas es imprescindible hacer una aclaración; que ahora se quiera desarrollar una de esas desventajas no implica una negación, desconocimiento o descalificación de las muchas ventajas que tiene esa sobreexposición. Reconocer una desventaja o debilidad puede llegar a convertirse en virtud, pues permite evitar errores innecesarios, fruto de mala planificación o simple pereza.

Si es cierto que fue Juan Pablo II quien inauguró esta nueva manera mass-media de ser Papa, solo se han conocido tres con esta característica. Y de esos, Benedicto XVI fue sin duda la figura menos exitosa. Para quienes nos dedicamos a estudiar ‘en cámara lenta’ el pensamiento de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI siempre ha sido molesta la tendencia de muchos –católicos o no– de compararlo con su predecesor Juan Pablo II. Esta tendencia no ha disminuido, sino todo lo contrario, con su sucesor Francisco. Si toda comparación es molesta, ésta es además injusta porque compara el carisma de un hombre introspectivo como Ratzinger con dos personalidades expansivas y extrovertidas como las de Wojtyla y Bergoglio. Pero en tales casos tampoco vale la pena argumentar demasiado, porque lo decisivo de un pontificado no depende de sondeos de opinión, al menos para quienes profesamos la fe católica.

Iglesia católica es una gran productora de símbolos y lo ha sido desde los inicios del cristianismo. Un símbolo es toda representación sensorial de una realidad en virtud de unos rasgos que se asocian con ésta por una convención socialmente aceptada. Producir un símbolo implica entonces crear una nueva convención, un nuevo producto socialmente aceptado; o dicho en términos contemporáneos, implica resignificar viejos símbolos. Por usar tan solo un ejemplo de los más antiguos en la historia del cristianismo se puede nombrar el pez. El *ichthys* (en griego, "pez") consiste en dos arcos que se intersecan de forma que parece el perfil de un pez, y que fue empleado como un símbolo secreto de los primeros cristianos. Sencillo en su representación gráfica, su excesiva familiaridad en la cultura romana-mediterránea lo hacía indescifrable para el no-cristiano. La clave interpretativa del símbolo era para los cristianos el acrónimo del término griego (ΙΧΘΥΣ) *Iēsoûs CHristós THEoû Yiós Sôtér*; es decir: "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador".

Este ejemplo sirve no solo para mostrar cómo los cristianos crearon nuevas significaciones para distintas figuras del mundo al que pertenecían, sino también para explicar en qué medida es clave pertenecer o conocer al mundo significativo desde el cuál se produce y significa el símbolo para



entenderlo adecuadamente. En medio de la persecución romana la figura del pez era una confesión de la divinidad de Jesús y por lo tanto de pertenencia a la Iglesia primitiva.

La semiología o semiótica es la disciplina que intenta estudiar académicamente esta actividad, tan propiamente humana como es la producción e interpretación del sentido de los símbolos. Esto significa que estudia fenómenos significantes, objetos de sentidos, sistemas de significación, lenguajes, discursos y los procesos a ellos asociados: la producción e interpretación. El problema con ciertos autores que se dedican a la semiología –y en contra de lo que ellos mismos estarían dispuestos a admitir–, es que parecen pretender hacer una semiótica abstracta o erudita, sin tener en cuenta que eso implica hacerlo desde un mundo de significantes posterior a la Modernidad, es decir post moderno; y por lo tanto no universalmente válido.

Este argumento es clave para entender un fenómeno como la Iglesia Católica y explica en gran medida los problemas de comunicación entre dos sistemas de significación tan emparentados y tan diversos a la vez. Que la Modernidad es un proceso histórico complejo que se construyó a sí mismo como respuesta al cristianismo tardo medieval-renacentista parece no requerir mayor argumentación. Con el correr de los siglos ambos mundos han compartido términos, pero han creado significaciones diversas en ambos sistemas de significación.

Cabe entonces preguntarse si es posible comprender a una institución como la Iglesia Católica –productora de significantes– sin compartir su primer presupuesto fundante; a saber: la confesión del Dios uno y trino. No en vano, lo que hoy llamamos coloquialmente *Credo*, se denomina teológicamente como *símbolo*. Reformulando la pregunta: ¿Es posible entender verdaderamente los símbolos de la Iglesia Católica si no se admite siquiera la posibilidad de un ser supremo, que se revela a sí mismo y se encarna para salvar a sus criaturas?

Considero que no se necesita ser cristiano para darse cuenta de lo problemático del intento. Si bien es posible querer interpretar esos múltiples signos y símbolos que produce la Iglesia desde fuera, tales interpretaciones siempre serán deficientes, no falsa necesariamente, pero sí incompletas. Es necesario reconocer que para llegar a una interpretación adecuada además se deben sumar los aportes de quienes están dentro del sistema de significación cristiano-católico; de quienes comparten ese primer símbolo fundante llamado *Credo*. Por eso, es necesario que los creyentes estemos cada vez más presentes en los centros de producciones de significantes del mundo contemporáneo (universidades, mass-media, estado, etc.), para que nuestro mundo de significantes pueda ser mejor entendido en el gran mundo plural contemporáneo.

El Papa Francisco ha demostrado, desde los primeros minutos de su pontificado, su gran capacidad como productor de signos y símbolos adaptados para esa sociedad masificada. En tan solo seis meses se ha convertido en un importante referente mundial no solo por el hecho de ser el Papa, sino por ser ‘el papa Francisco’. En cierta medida es posible afirmar que lo importante de Francisco es ‘la foto con Francisco’.¹ A diferencia de su predecesor, en cuyos encuentros lo sustancial estaba en el discurso, en la palabra pronunciada, Francisco hace un claro hincapié en la imagen y el gesto. Por supuesto que esto no es válido en términos absolutos, como si uno y el otro

¹ Basta pensar en la instrumentación política que han pretendido hacer diversas personalidades latinoamericanas de su figura.



fueran puro discurso o pura imagen, pero sí queda claro que el énfasis de uno y otro es diverso; lo que lamentablemente refuerza la idea básica de la molesta comparación entre ambos pontífices.

En este sentido es posible entender por qué la invitación del papa Francisco a concelebrar la Misa a Gustavo Gutiérrez ha causado inmediatas y diversísimas reacciones, pues cada reacción parte de un sistema de significantes previo sobre un tema tan complejo como fue la Teología de la Liberación (TL). En ese macro-contexto, Ratzinger es el responsable directo de 'la condena' a la TL y Bergoglio es ahora el papa progresista que lo reivindica.² Ambas interpretaciones son inválidas y quien así piense solo evidencia un mundo de significantes pobre y simplista. Y para demostrarlo copio un breve párrafo escrito en 1985 por uno de los dos papas:

“La teología de la liberación es un fenómeno extraordinariamente complejo: abarca desde las posiciones más radicalmente marxistas hasta aquellas otras que plantean el lugar apropiado de la necesaria responsabilidad del cristiano respecto a los pobres y a los oprimidos en el contexto de una correcta teología eclesial, como han hecho los documentos del CELAM (la Conferencia Episcopal Latinoamericana) desde Medellín hasta Puebla”.

Si el lector pensó que solo podía ser Bergoglio el autor se sorprenderá al saber que la cita es de Ratzinger.³

Y precisamente aquí, ya para terminar, se hace evidente la idea central de estas líneas. Hoy parece que solo un grupo reducido de especialistas recuerda esta y similares citas de Ratzinger. No importa cuánto se insista, por el momento, parece ser inamovible la idea de que Ratzinger fue un alemán desalmado que nunca entendió el drama de la pobreza. De modo similar, Bergoglio parecería ser el paladín de una supuesta reforma truncada precisamente por Ratzinger. Y así 'la foto con Francisco' y Gustavo Gutiérrez parece ser la última esperanza de quienes creyeron –y siguen creyendo– que la interpretación marxista está científicamente garantizada y por tanto son instancias necesarias para el pensamiento cristiano.

Sin embargo, ¿quién puede decir que esta lectura de la 'foto de Francisco' con Gutiérrez no es válida? Ese es uno de los problemas de la sobreexposición mediática. Varios indicios permiten adelantar que nada significativo debe esperarse más allá del signo, de la foto. ¿No invitó acaso Benedicto XVI a Hans Küng al Vaticano el 24 de septiembre de 2005, justo al cumplir seis meses de pontificado? Y sin embargo, eso no significó que Benedicto XVI le estuviera dando la razón a Küng ni viceversa. Fue también un signo de acercamiento, no mucho más.

¿Qué quiso hacer Francisco al invitar a Gutiérrez? Solo Francisco podría darnos la clave de ese gesto. A *nos-otros* solo nos queda la interpretación.

² A tan solo días, ya se habla de un supuesto nombramiento de Gutiérrez a la Comisión Teológica Internacional (CTI).

³ Cf. *Informe sobre la fe*, (3ª), Madrid, BAC, 1985, p.192s.